

La revolución estrangulada

León Trotsky

9 de febrero de 1931

(Tomado de “La revolución estrangulada”, en L. Trotsky, *La revolución estrangulada*, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1974, páginas 9-23)

Lamentablemente, he leído con dieciocho meses o dos años de atraso *Los Conquistadores*. Es un libro dedicado a la revolución china, es decir, al tema más importante de estos últimos cinco años. Un estilo conciso y bien elaborado, el ojo agudo de un artista, la observación original y audaz, todo confiere a esta novela una importancia excepcional. Me ocupo de ella en estas páginas, no sólo porque el talento de su autor se manifiesta plenamente (hecho nada despreciable, por cierto), sino porque la obra es fuente de valiosas enseñanzas políticas. ¿Proviene ella de Malraux? No, se desprenden de la misma novela sin que el mismo autor se percate de ello, y son un testimonio en contra de él, lo que honra al observador y al artista, pero no al revolucionario. Sin embargo, tenemos el derecho de juzgar a Malraux también desde este punto de vista: con su propio nombre y, especialmente, con el de Garin, su otro yo, el autor no escatima juicios sobre la revolución.

El libro se intitula novela. En efecto, estamos ante la crónica novelada de la revolución china en su primer período, el de Cantón. No es una crónica completa. Por momentos, le falta el vigor social. Por lo contrario, pasan frente al lector no sólo brillantes episodios de la revolución, sino también siluetas netamente recortadas que se graban en la memoria como símbolos sociales.

Con pequeños toques de color, característicos de una técnica puntillista, Malraux presenta un cuadro inolvidable de la huelga general, no con la perspectiva de los que la hicieron, sino de los que la percibieron desde arriba: los europeos no tienen su almuerzo y se mueren de calor (los chinos han dejado de trabajar en las cocinas y de hacer funcionar los ventiladores). Esto no es un reproche a la habilidad del autor: un artista extranjero no hubiera podido, sin duda, tratar el tema de otro modo. Pero se le puede hacer otra crítica, que, esa sí es importante: falta al libro la afinidad natural entre el escritor, a pesar de todo lo que él sabe y comprende, y su heroína, la revolución.

La simpatía, activa por supuesto, del autor por la China revolucionaria es indudable. Pero está corroída por exceso de individualismo y de capricho estético. Al leer el libro atentamente, se experimenta, por momentos, un sentimiento de despecho cuando, a través del tono del relato, se percibe un matiz de ironía protectora con respecto a los bárbaros capaces de entusiasmarse. Nadie exige que se silencie que China está atrasada o que algunas de sus manifestaciones políticas tienen un carácter primitivo. Pero es necesaria una perspectiva justa que ponga todas las cosas en su lugar. Los acontecimientos de la historia china, sobre cuyo fondo se desarrolla la “novela” de Malraux son incomparablemente más importantes para la historia de la cultura humana que el barullo hueco y lastimoso de los parlamentos europeos y que las montañas de productos literarios de las civilizaciones estancadas. Malraux parece un poco indeciso para darse cuenta de ello.

Hay en la novela páginas hermosas por su intensidad que muestran cómo el odio revolucionario nace del sojuzgamiento, de la ignorancia, de la esclavitud y se temple como el acero. Estas páginas podrían integrar la *Antología de la Revolución*, si Malraux hubiera tratado a las masas populares con mayor libertad y audacia y si no hubiera introducido en su obra un matiz de aburrida superioridad, cuando se excusa, ante sí mismo y ante los burócratas académicos de Francia y ante los traficantes del opio para el espíritu, de su pasajera unión con la insurrección del pueblo chino.

Borodin representa la Internacional Comunista y ocupa el cargo de consejero del gobierno de Cantón. Garin, el predilecto del autor, está encargado de la propaganda. Todo el trabajo se lleva a cabo dentro de los límites del Kuomintang. Borodin, Garin, el “general” ruso Gallen, el francés Gérard, el alemán Klein se olvidan del pueblo sublevado y hacen su propia política revolucionaria en vez de orientar la política de la revolución; así forman una original burocracia revolucionaria.

Las organizaciones locales del Kuomintang están definidas del siguiente modo: “La reunión de algunos pocos fanáticos evidentemente valientes, de algunos ricachones que buscan consideración o seguridad, de muchos estudiantes, de *coolis*...” Los burgueses no sólo forman parte de cada organización, sino que dirigen totalmente el partido. Los comunistas dependen del Kuomintang. Se persuade a los obreros y a los campesinos de que no cometan ningún acto hostil para los amigos de extracción burguesa. “Así son estas sociedades que nosotros controlamos (no del todo, por otra parte, no os equivoquéis)”. Confesión edificante. La burocracia de la Internacional Comunista trata de “controlar” la lucha de clases en China, de la misma manera que la internacional bancaria controla la vida económica de los países atrasados. Pero a una revolución no se le pueden hacer imposiciones. Solamente es posible dar una expresión política a sus fuerzas internas. Cada hombre debe saber a cuál de estas fuerzas ligará su destino.

Los *coolis* están descubriendo que existen, nada más que eso, que existen. Están bien orientados. Pero, para darse cuenta de que existen, los *coolis*, los obreros, y los campesinos tienen que derribar a aquellos que les imposibilitan la existencia. La dominación extranjera está indisolublemente ligada al sojuzgamiento interior. Los *coolis* no sólo tienen que echar a Baldwin o Macdonald, sino derrocar, además, a la clase dirigente. Ambas acciones se complementan. De este modo, entre las masas de China, diez veces más numerosas que la población francesa, la personalidad humana despierta, apoyándose inmediatamente en la lava de la revolución social. Grandioso espectáculo.

Pero he aquí que Borodin entra en escena y dice: “En esta revolución, los obreros deben hacer para la burguesía el trabajo de los *coolis*”¹. El proletario encuentra transpuesto hacia la esfera de la política, el sojuzgamiento social del cual quiere liberarse. ¿Quién es el responsable de esta operación páfida? La burocracia de la Internacional Comunista... Tratando de “controlar” el Kuomintang, ayuda, en efecto, al burgués que busca “consideración y seguridad” para sojuzgar a los *coolis* que quieren existir.

Borodin, que durante todo el tiempo permanece en un segundo plano, se caracteriza en la novela como un “hombre de acción”, como un “revolucionario profesional” como una viva encarnación del bolchevismo en el territorio de China. ¡No hay nada tan inexacto! Veamos la biografía política de Borodin: en 1903, a los diecinueve años, emigra hacia América; en 1918 vuelve a Moscú donde, por sus conocimientos del inglés, “procura el enlace con los partidos extranjeros”; en 1922 es detenido en Glasgow; después es enviado a China como representante de la Internacional Comunista. Habiendo dejado Rusia antes de la primera revolución y vuelto a ella *después* de la tercera, Borodin aparece como un perfecto representante de esta burocracia del estado y del partido que reconoció la revolución después de su victoria. Cuando se trata de los jóvenes a veces no es más que una cuestión de cronología. Con respecto a los hombres de cuarenta a cincuenta años, ya es una característica política. Que Borodin se haya adherido brillantemente a la revolución triunfante en Rusia, no significa de ninguna manera que haya sido llamado para asegurar la victoria de la revolución en China. Esta clase de hombres asimila sin esfuerzo los gestos y las entonaciones de los “revolucionarios profesionales”. Gracias a su disfraz, muchos de ellos no sólo confunden a los otros, sino que se engañan a sí mismos. Muy a menudo, la inflexible audacia del bolchevique se metamorfosea en ellos en ese cinismo del funcionario dispuesto a todo. ¡Ah!, ¡tener unos

¹ Cfr. Carta de Chen Du-siu, *La lucha de clases*, números 25-26, p. 676.

poderes del comité central! Esta salvaguardia sacrosanta que Borodin tenía siempre en su bolsillo.

Garin no es un funcionario, es más original que Borodin y quizás esté más cerca del tipo del revolucionario. Pero carece de la formación indispensable: como es un diletante y una primera figura circunstancial, se pierde desesperadamente en medio de los grandes acontecimientos y esto se evidencia a cada instante. Con respecto a las consignas de la revolución china, él se manifiesta de la siguiente manera: "... verborragia democrática, derechos del pueblo, etc." (cf. P. 36). Esto tiene un sello radical, pero es un falso radicalismo. Las consignas de la democracia son una charlatanería execrable en boca de Poincaré, Herriot, León Blum, escamoteadores de Francia y carceleros de Indochina, Argelia y Marruecos. Pero cuando los chinos se sublevan en nombre de los "derechos del pueblo", esto se parece a la charlatanería tan poco como se parecían las consignas de la revolución francesa del siglo XVIII. En Hong-Kong, durante el tiempo de la huelga, los saqueadores británicos amenazaban con restablecer los castigos corporales. "Los derechos del hombre y del ciudadano", esto significaba en Hong-Kong para los chinos el derecho de no ser castigados por el látigo británico. Se sirve a la revolución revelando la podredumbre democrática de los imperialistas; en cambio, llamando charlatanería a consignas de la insurrección de los oprimidos, se ayuda involuntariamente a los imperialistas.

Una buena inyección de marxismo hubiera podido preservar al autor de los fatales errores de este tipo. Pero Garin piensa, en general, que la doctrina revolucionaria es un "fárrago doctrinal". Es uno de esos para quienes la revolución es simplemente un "estado de cosas determinado". ¿No es sorprendente? Pero justamente, como la revolución es un "estado de cosas" (es decir, un estadio del desarrollo de la sociedad condicionado por causas objetivas y sometido a leyes determinadas) un espíritu científico puede prever la dirección general del proceso. Solamente el estudio de la anatomía de la sociedad y de su fisiología permite reaccionar sobre la marcha de los acontecimientos, basándose en previsiones científicas y no en conjeturas de diletante. El revolucionario que "desprecia" la doctrina revolucionaria vale tanto como el curandero que no valora la por él ignorada doctrina médica o como el ingeniero que recusa la tecnología. Los hombres que, sin la ayuda de la ciencia, tratan de rectificar este "estado de cosas" que se llama enfermedad, reciben el nombre de hechiceros o charlatanes y, según las leyes, son perseguidos. Si hubiera existido un tribunal para juzgar a los hechiceros de la revolución, es probable que Borodin, como sus inspiradores moscovitas, habría sido condenado severamente. Temo que el mismo Garin no habría salido indemne de este asunto.

Dos figuras se contraponen en la novela, como los dos polos de la revolución nacional: el viejo Tcheng-Daï, autoridad espiritual del ala derecha del Kuomintang (el profeta y el santo de la burguesía), y Hong, jefe juvenil de los terroristas. Los dos están representados con una fuerza muy grande. Tcheng-Daï encarna la vieja cultura china traducida a la lengua de la cultura europea; bajo este ropaje refinado, "ennoblece" los intereses de todas las clases dirigentes de China. En verdad, Tcheng-Daï quiere la liberación nacional, pero teme más a las masas que a los imperialistas; odia más a la revolución que al yugo puesto sobre la nación. Avanza en la vanguardia de la revolución solamente para apaciguarla, domarla, agotarla. Dirige la política de la resistencia en dos frentes, contra el imperialismo y contra la revolución, la política de Gandhi en la India, la política que en períodos determinados y con diferentes formas la burguesía dirigió en todas las latitudes y en todas las longitudes. La resistencia pasiva nace de la tendencia de la burguesía a canalizar y confiscar los movimientos de masas.

Cuando Garin dice que la influencia de Tcheng-Daï va más allá de la política, lo único posible es encogerse de hombros. La política enmascarada del "justo", en China como en la India, expresa, bajo forma sublime y abstractamente moralizante, los intereses conservadores de las clases pudientes. El desinterés personal de Tcheng-Daï no se

encuentra de ninguna manera en oposición con su función política: los explotadores necesitan a los “justos” como la jerarquía eclesiástica necesita a los santos. ¿Qué pesa alrededor de Tcheng-Daï? La novela responde con una precisión meritoria: un mundo “de viejos funcionarios, contrabandistas de opio o fotógrafos, de literatos transformados en vendedores de velocípedos, de abogados provenientes de la facultad de París, de todo tipo de intelectuales” (cf. p. 125). Detrás de ellos permanece, ligada a Inglaterra, una sólida burguesía que arma al general Tang contra la revolución. Mientras espera la victoria, Tang se prepara para convertir a Tcheng-Daï en el jefe del gobierno. Sin embargo, los dos, Tcheng-Daï y Tang, continúan siendo miembros del Kuomintang, al que sirven Borodin y Garin.

Cuando Tang ordena que sus ejércitos ataquen la ciudad y cuando se dispone a degollar a los revolucionarios, empezando por Borodin y Garin, sus camaradas de partido, entonces, estos últimos, con la ayuda de Hong, movilizan y arman a los desocupados. Pero, después de obtener la victoria sobre Tang, los jefes tratan de no cambiar nada de lo que existía antes. No pueden romper su pacto con Tcheng-Daï porque no tienen confianza en los obreros, los *coolis*, las masas revolucionarias. Ellos mismos están contaminados por los prejuicios de Tcheng-Daï y son el arma que él debe elegir.

Para no desairar a la burguesía, deben luchar contra Hong. ¿Quién es y de dónde proviene? (“de la miseria”, cf. p. 41). Es uno de esos que hacen la revolución y no de esos que se adhieren a ella cuando ha triunfado. Después de haber llegado a la conclusión de que hay que matar al gobernador inglés de Hong-Kong, Hong se preocupa por una sola cosa: “Cuando yo sea condenado a la pena capital, habrá que decir a los jóvenes que me imiten” (cf. p. 40). A Hong hay que darle un programa claro: levantar a los obreros, unirlos, armarlos y oponerlos contra Tcheng-Daï, como a un enemigo. Pero la burocracia de la Internacional Comunista busca la amistad con Tcheng-Daï, rechaza a Hong y lo exaspera. Hong mata banqueros y comerciantes, los mismos que “sostienen el Kuomintang”. Hong mata misioneros: “... Los que enseñan a los hombres a soportar la miseria deben ser castigados, ya sean sacerdotes católicos o de otras religiones...” (cf. p. 174). Hong no encuentra su verdadero camino, por culpa de Borodin y de Garin que han ubicado la revolución a remolque de los banqueros y comerciantes. Hong refleja la masa que ya se despierta pero que aún no se ha frotado los ojos ni se ha desentumecido las manos. Con el revólver y el puñal, intenta actuar a favor de la masa, a la que paralizan los agentes de la Internacional Comunista. Así es, sin afeites, la verdad sobre la revolución china.

Sin embargo, el gobierno de Cantón “oscila, tratando de no caer, de Garin y Borodin, que dominan la policía y los sindicatos, a Tcheng-Daï, que no domina nada pero que existe de todos modos” (cf. p. 72). Tenemos un cuadro casi completo del duunvirato. Los representantes de la Internacional Comunista cuentan con los sindicatos obreros de Cantón, la policía, la escuela de cadetes de Wampoa, la simpatía de las masas, la ayuda de la Unión Soviética. Tcheng-Daï tiene una “autoridad moral”, es decir, el prestigio entre los potentados mortalmente enloquecidos. Los amigos de Tcheng-Daï se apoyan en un gobierno impotente, sostenido por la benevolencia de los conciliadores. Pero, ¿acaso no fue así el régimen de la revolución de febrero, el sistema de Kerensky y de su banda, con la única diferencia de que el papel de los mencheviques está representado por pseudo bolcheviques! Borodin no duda porque está caracterizado como bolchevique y toma en serio su maquillaje.

La idea capital de Garin y Borodin es prohibir la escala en Hong-Kong a los barcos chinos y extranjeros que se dirigen hacia el puerto de Cantón. Estos hombres, que se consideran revolucionarios realistas, esperan, por medio del bloqueo comercial, romper la dominación inglesa en China meridional. Pero no consideran necesario derrocar previamente al gobierno de la burguesía de Cantón que lo único que hace es esperar la hora de entregar la revolución a Inglaterra. No, Borodin y Garin recurren cada día al

“gobierno” y, aceptando las condiciones de éste, piden que sea promulgado el decreto salvador. Uno de los suyos recuerda a Garin que, en el fondo, este gobierno es un fantasma. Garin no se inquieta. “Fantasma o no [contesta], que continúe, puesto que lo necesitamos.” De la misma manera, el pope necesita reliquias que fabrica él mismo con cera y con algodón. ¿Qué se esconde detrás de esta política que agota y envilece la revolución? La consideración de un revolucionario de la pequeña burguesía por un burgués de un sólido conservadorismo. Es así como el más rojo de los extremistas franceses está siempre dispuesto a postrarse delante de Poincaré.

Pero, ¿las masas de Cantón no están quizás maduras para derrocar al gobierno de la burguesía? De toda esta atmósfera se desprende la convicción de que, sin la oposición de la Internacional Comunista, el gobierno fantasma habría sido derrocado bajo la presión de las masas. Admitamos que los obreros de Cantón estén todavía demasiado débiles para establecer su propio poder. ¿Cuál es, en términos generales, el punto débil de las masas? Su falta de preparación para suceder a los explotadores. En este caso el primer deber de los revolucionarios es ayudar a los obreros para que se liberen de la confianza servil. Sin embargo, la obra realizada por la burocracia de la Internacional Comunista ha sido diametralmente opuesta. Ha inculcado a las masas esta noción de que hay que someterse a la burguesía y les ha dicho que la burguesía y las masas tienen los mismos enemigos.

¡No desairar a Tcheng-Daï! Pero si, no obstante, Tcheng-Daï se aleja, lo que es inevitable, esto no significará que Garin y Borodin se habrán liberado de su benévola dependencia con respecto a la burguesía. Solamente habrán elegido, como nuevo objeto de su malabarismo, a Tchang Kai-shek, perteneciente a la misma clase que Tcheng-Daï, de quien es hermano menor. Tchang Kai-shek, que es jefe de la Escuela Militar de Wampo, fundada por los bolcheviques, no se limita a una oposición pasiva; está dispuesto a recurrir a la fuerza sangrienta, no en forma plebeya (como las masas), sino militarmente y sólo dentro de los límites que permitirán a la burguesía conservar un poder ilimitado sobre el ejército. Borodin y Garin, armando a sus enemigos, desarman y rechazan a sus amigos. De esta manera preparan la catástrofe.

Sin embargo, ¿no sobrestimamos la influencia de la burocracia revolucionaria en estos hechos? No. Ella se ha mostrado, no para el bien, sino para el mal, más fuerte de lo que ella pensaba. Los *coolis* que no hacen más que empezar a existir políticamente, necesitan una dirección atrevida. Hong necesita un programa audaz. La revolución necesita la energía de millones de hombres que se despiertan. Pero Borodin y sus burócratas necesitan a Tcheng-Daï y a Tchang Kai-shek. Ahogan a Hong e impiden al obrero levantar cabeza. En algunos meses ahogarán la insurrección campesina para no desairar a toda la oficialidad burguesa del ejército. Su fuerza consiste en que representan al octubre ruso, al bolchevismo, a la Internacional Comunista. Después de usurpar la autoridad, la bandera, los subsidios de la mayor revolución, la burocracia obstaculiza el camino a otra revolución que tenía, ella también, todas las posibilidades de ser grande.

El diálogo entre Borodin y Hong (cf. pp. 181-182) es la acusación más tremenda contra Borodin y sus inspiradores moscovitas. Hong, como siempre, busca acciones decisivas. Exige el castigo de los burgueses más destacados. Borodin encuentra esta única respuesta: “No hay que tocar a los que pagan”. “La revolución no es tan simple”, dice Garin por su parte. “La revolución consiste en pagar al ejército”, intercede Borodin. Estos aforismos contienen todos los elementos del nudo con el cual fue estrangulada la revolución china. Borodin preservaba a la burguesía que, en recompensa, invertía dinero a favor de la “revolución”. El dinero estaba destinado al ejército de Tchang Kai-shek. El ejército de Tchang Kai-shek exterminó al proletariado y liquidó la revolución. ¿Era esto algo imposible de prever? ¿No fue previsto, en realidad? La burguesía paga voluntariamente sólo al ejército que la defiende contra el pueblo. El ejército de la revolución no espera gratificación: obliga a pagar. Esto se llama dictadura revolucionaria. Hong interviene con éxito en las reuniones obreras y ataca a los “rusos”, portadores de la

ruina de la revolución. Los caminos del mismo Hong no llevan a destino, pero tienen razón contra Borodin. “¿Acaso los jefes de los Tai-Ping tenían consejeros rusos? ¿Y los de los Boxers?” (cf. p. 189). Si la revolución china de 1924-1927 hubiera sido librada a su suerte, quizás no hubiera triunfado inmediatamente, pero no habría necesitado de los métodos del harakiri, no habría conocido vergonzosas capitulaciones y habría formado cuadros revolucionarios. Entre el duunvirato de Cantón y el de Petrogrado existe esta trágica diferencia: en China no hubo, en efecto, bolchevismo; bajo el nombre de “trotskysmo”, fue declarado doctrina contrarrevolucionaria y fue perseguido por todos los medios de la calumnia y de la represión. En aquello en que Kerensky no había triunfado durante las jomadas de julio, Stalin triunfó en China diez años más tarde.

Borodin y “todos los bolcheviques de su generación [afirma Garin] han sido marcados por su lucha contra los anarquistas”. El autor necesitaba esta advertencia para preparar al lector para la lucha de Borodin contra el grupo de Hong. Históricamente, es falsa: el anarquismo no pudo levantar cabeza en Rusia no porque los bolcheviques han luchado con éxito contra él, sino porque antes le habían socavado el terreno. El anarquismo, si no permanece dentro de las cuatro paredes de los cafés intelectuales, o de las redacciones de los diarios, si penetra más profundamente, traduce la psicología de la desesperación de las masas y es el castigo político para los engaños de la democracia y para las traiciones del oportunismo. La rapidez del bolchevismo en plantear los problemas revolucionarios y enseñar sus soluciones no dejó lugar para el desarrollo del anarquismo en Rusia. Pero si la investigación histórica de Malraux no es exacta, su novela, por lo contrario, muestra admirablemente cómo la política oportunista de Stalin-Borodin ha preparado el terreno para el terrorismo anarquista en China.

Empujado por la lógica de esta política, Borodin consiente en entregar un decreto contra los terroristas. La burguesía de Cantón, provista de la bendición de la Internacional Comunista, declara fuera de la ley a los verdaderos revolucionarios, lanzados al camino de la aventura por los crímenes de los dirigentes moscovitas. Estos revolucionarios responden con actos de terrorismo a los burócratas seudorrevolucionarios, protectores de la burguesía que paga. Borodin y Garin se apoderan de los terroristas y los exterminan y de esta manera defienden no ya a los burgueses, sino a su propia cabeza. De esta manera, la política de los acomodos se desliza fatalmente hacia el último grado de la felonía.

El libro se intitula *Los Conquistadores*. En el espíritu del autor, este último tiene un doble sentido, donde la revolución se disfraza de imperialismo, se refiere a los bolcheviques rusos o, más exactamente, a un sector de ellos. ¿Los conquistadores? Las masas chinas se han levantado para una insurrección revolucionaria, bajo la influencia indiscutible del golpe de estado de octubre, como ejemplo, y del bolchevismo, como bandera. Pero los conquistadores no han conquistado nada. Por lo contrario, han entregado todo al enemigo. Si la revolución rusa ha provocado la revolución china, los epígonos rusos la han sofocado. Malraux no establece estas deducciones. Ni siquiera parece pensar en ellas. Estas deducciones se destacan más claramente sólo en su notable libro.

Prinkipo, 9 de febrero de 1931.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es